

## REFLEXIONES FINALES\*

*William H. Isbell\*\**

### Introducción

Los números 4 y 5 del *Boletín de Arqueología PUCP* son más que una compilación de investigaciones recientes acerca de Wari, Tiwanaku y el Horizonte Medio (550-1000 d.C.). Ambos resumen el estado del conocimiento en los estudios sobre Huari/Tiahuanaco y, algo aun más importante, proveen de nuevas herramientas para el entendimiento de esta fase crucial de la cultura andina. Dos grandes ciudades dominaron el paisaje del Horizonte Medio —Huari y Tiahuanaco—, pero las dinámicas culturales no pueden ser ya más entendidas simplemente como un expansionismo imperialista a partir de las dos ciudades estado. Se han documentado innovadores procesos de etnogénesis, se han indicado relaciones sociales y políticas complejas y hay una insinuación de un movimiento panandino, posiblemente de naturaleza religiosa, que pueden haber promovido tanto Huari como Tiahuanaco.

Las complejas dinámicas que subyacen al Horizonte Medio han producido un confuso registro de cultura material. Como lo demuestran estos artículos, producto de las ponencias, hay poco consenso acerca de la naturaleza de Wari y Tiwanaku, ya sea en su cronología histórica, organización política, o las implicancias de sus ampliamente distribuidos íconos religiosos. Sin embargo, este conjunto de artículos ofrece una valiosa nueva información, así como nuevas herramientas para abordar preguntas claves. Schreiber (número anterior: 443) sostiene que se debe considerar los contextos locales de Wari (y Tiwanaku) siguiendo la pista de cultura material complementaria, pero incluso su lista de aspectos pendientes de estudio es menos amplia que la marcada por el rango de los dominios arqueológicos descritos en estos dos números. La cerámica ha sido la columna vertebral para la definición de cronologías e interacciones durante el Horizonte Medio. Actualmente, Bencic (número anterior) describe y compara las herramientas líticas de Wari y Tiwanaku, mostrando cuán diferentes eran y, al mismo tiempo, brinda la base para una nueva comprensión de estas culturas antiguas. Aún falta valorar el significado completo de las características puntas de obsidiana de San José de Moro (Castillo, número anterior), pero ahora no hay duda de que fueron wari en forma, de que Tiwanaku carece de las mismas y de que en el área nuclear huari no hay evidencia de que esta clase de puntas fueran colocadas en tumbas, como aparentemente fue el caso en San José de Moro.

Rodman y Fernández (número anterior) describen los textiles wari y tiwanaku, revelando profundas diferencias estructurales entre los tapices de ambas culturas, a pesar de los símbolos iconográficos compartidos. Además, los textiles cuentan historias diferentes a la cerámica. Prümers (número anterior) documenta una sorprendente fusión entre tejidos wari y moche en Huarmey. Por el contrario, los tapices wari permanecieron estilísticamente puros en Huaca Malena (Angeles y Pozzi-Escot, número anterior), y los textiles ayudan a mostrar que el valle de Arica, Chile, no recibió una colonia tiwanaku, sino sólo una fuerte influencia de los colonos del altiplano en el vecino valle de Moquegua (Uribe y Agüero, este número).

---

\*\* Traducción del inglés al español: Rafael E. Valdez

\* State University of New York-Binghamton, Department of Anthropology. email: huari@aol.com

Las diferencias que Rodman y Fernández revelan entre los tapices wari y tiwanaku tienen también otras implicancias (Cf. también Oakland 1986; Oakland y Cassman 1995). De esta manera, se ha sostenido que el mítico tejido geométrico que presentaban las túnicas del Horizonte Medio expresaba una única experiencia, propia del área nuclear tiahuanaco; esto en cuanto a ambas mitades de las túnicas, que recreaban la compresión visual del horizonte del altiplano (Conklin 1986: 125). Sin embargo, ahora queda claro que las túnicas tejidas en dos mitades, con diseños dispuestos simétricamente, son wari —de la sierra central— donde el horizonte era visto de una manera completamente diferente. Las túnicas tiwanaku eran tejidas en una pieza, de modo que su compresión geométrica pudo no haber representado un horizonte altiplánico en retroceso. Además, Haerberli (este número) presenta a los lectores una colección de textiles que parece representar una tradición de Yaya-Mama a Pucara de la que probablemente se derivaron tanto el arte wari como el tiwanaku. Estos excepcionales textiles de la zona costera de Arequipa pudieron haber sido hechos en el altiplano adyacente, pero no tienen ese carácter de compresión geométrica que caracteriza más tarde las túnicas wari y tiwanaku. Aparentemente, la geometría mítica de las túnicas tiwanaku y wari corresponderían a características únicas, y su origen y significado permanecen en el misterio.

Un paso atrevido lo proponen Franco y Paredes (número anterior), cuando sugieren identificar a la «Deidad de los Báculos» tiahuanaco y huari con sus similares etnohistóricas andinas Pachacamac y Con. Junto con el análisis de la escultura de Tiahuanaco de Makowski (este número), en términos de una analogía con la religión inca, ambos trabajos implican que nuevas ideas y aproximaciones pueden estar próximas.

A primera vista, este conjunto de trabajos brinda, en suma, descripciones detalladas de herramientas líticas, textiles, portales monolíticos, arquitectura religiosa, restos de viviendas, iconografía esotérica, información funeraria, producción cerámica, analogías etnohistóricas, estilos de cerámica, fechados absolutos y mucho más acerca de Tiwanaku y Wari. Sin embargo, el efecto combinado es tan impactante que sólo se pueden discutir algunas implicancias.

Un punto de importancia es que Tiahuanaco y Huari fueron mucho más contemporáneos que lo que anteriormente se creía (Knobloch, número anterior). Ambas ciudades parecen empezar su ascenso regional hacia el poder aproximadamente hacia 550-600 d.C. (Isbell, número anterior; Janusek, este número; Vranich, este número). Las dos alcanzaron el valle de Moquegua casi al mismo tiempo (Owen y Goldstein, este número; Goldstein y Owen, este número), y ambas ciudades y culturas parecen haber sobrevivido hasta cerca de 1000 d.C.

En segundo lugar, no hay un único modelo o explicación de Huari, Tiahuanaco y el Horizonte Medio que pueda explicar por sí solo todos los complejos restos materiales. Stanish (este número) hizo intentos previos por caracterizar el sistema político de Tiahuanaco en un solo modelo, pero ahora reconoce correctamente estrategias múltiples de gobierno y control. De manera similar, la influencia de Wari no puede ser atribuida completamente a un control imperial centralizado, aún cuando el control se infiere por algunos de los restos discutidos por Schreiber (número anterior), Ponte (número anterior), Williams, Isla y Nash (este número), Malpass (este número), Glowacki y McEwan (este número), y otros. Por otro lado, el fenómeno Wari no puede ser entendido como un movimiento religioso centrado en la veneración de ancestros, sin un componente político, tal como lo afirman Topic y Topic (número anterior). Ciertamente, los Topic proponen interesantes preguntas, que se basan, al menos parcialmente, en datos arquitectónicos. Sin embargo, su crítica de una analogía Inca-Wari no podrá ser convincente hasta que empleen evidencias arqueológicas concretas a partir de excavaciones en sitios incas y no de un modelo inca idealizado y homogeneizado. Todo esto lleva entonces hacia el tema de modelos vs. evidencias.

### **Ortografía y conceptos: hacia una solución**

Comúnmente, Tiahuanaco y Tiwanaku son maneras de escribir alternativas populares para la misma cosa, tal como son Huari y Wari. Sin embargo, tanto Tiahuanaco (Tiwanaku) y Huari (Wari)

se refieren a una serie compleja de conceptos y fenómenos. Originalmente, cada nombre se refiere a un sitio arqueológico —o más concretamente, las ruinas de una antigua ciudad—, pero cada ciudad fue una capital religiosa y política de modo que su nombre también se usa para la religión y el estado que la ciudad encabezó. Por ejemplo, se puede hablar de Tiahuanaco como una ciudad, una religión o un estado. Al mismo tiempo, ambas ciudades eran centros con cultura material distintiva en estilos reconocibles, los cuales han tomado también los mismos nombres, Tiahuanaco (Tiwanaku) y Huari (Wari). Estos objetos materiales a menudo aparecen lejos de su área nuclear; a veces parecen representar intrusiones desde la capital, tal como la cerámica wari en Cerro Baúl (Williams, Isla y Nash, este número); otras veces parecen ser importaciones, tal como las túnicas tiwanaku en el norte de Chile (Uribe y Agüero, este número), y otras veces indicarían una mezcla cultural compleja, tal como los textiles wari-moche de Huarmey (Prümers, número anterior), pero todos ellos pueden ser llamados tiahuanaco (tiwanaku) o huari (wari).

Esta multitud de conceptos y fenómenos referidos por medio del mismo nombre crea confusión en el estudio de Tiahuanaco (Tiwanaku) y Huari (Wari). El uso de un sólo nombre implica una unidad, que es algo que debe ser determinado por la investigación, la evaluación cuidadosa de la evidencia y por medio del diálogo. Es un error permitir que una decisión tan importante sea afirmada por la simple asignación de un nombre. Por ejemplo, si un investigador excava viviendas en el valle de Moquegua y, subsecuentemente, las describe como «tiwanaku», ¿significa esto que ellas son idénticas a las viviendas descritas para la capital tiahuanaco o que la vivienda es similar a un ejemplar de un tercer sitio que ha sido clasificado como tiahuanaco, o que la vivienda se ubica en un sitio con cerámica tiahuanaco? Los lectores no pueden discernir cuál es el caso y los investigadores pueden incluso equivocarse entre una conceptualización de Tiahuanaco (o Huari), u otra que ellos describan.

¿Cómo se puede estar más atento a la complejidad del registro arqueológico y, de este modo, a la complejidad histórica del pasado? Aquí parece obvia una solución preliminar o parcial. Se puede emplear las ortografías alternativas de Tiahuanaco y Huari para dos conceptos diferentes. Esto va a obligar a los autores a pensar acerca de sus implicancias en su elección de las denominaciones que ellos escriban o utilicen. De esta manera, habría una especie de mecanismo orientador para los lectores acerca de cuál de las dos implicancias de Tiahuanaco y Huari utiliza el autor y que no se puede asumir, de manera simple, un carácter monolítico tanto para Tiahuanaco como para Huari.

Aquí se sugiere emplear «Tiahuanaco» y «Huari» para el sitio tipo o ciudad capital, y a los restos encontrados dentro de él. Por otro lado, «Tiwanaku» y «Wari» puede ser reservada para su carácter político, cultura y estilo ampliamente distribuidos. Consecuentemente, se debe hablar de la ciudad de «Tiahuanaco», donde se encontró un particular kero tiahuanaco, pero se debe llamar cerámica «tiwanaku» a la encontrada en Cochabamba.

Considerérese aquí un ejemplo. Paul Goldstein (1993) afirma que hay un templo tiwanaku con una plaza hundida en el sitio de Omo M-10, en el valle de Moquegua. Llamándolo por el nombre de la ciudad capital, sostiene que este edificio pertenece a la misma cultura que la capital altiplánica y que los orígenes del estilo del edificio, así como las actividades que se llevaron a cabo allí, se pueden encontrar en esa ciudad. Sin embargo, el edificio de Omo M-10 tiene muchos rasgos que no se han documentado nunca en la capital Tiahuanaco y carece de muchas características que eran muy populares en el centro altiplánico. Más aun, ahora es claro que la gente huari ocupaba partes del valle de Moquegua cuando Omo M-10 fue construido, de modo que parece poco probable que hubiera sido puramente tiahuanaco. Denominar Omo M-10 como templo tiwanaku lo relaciona con el horizonte Tiwanaku y con la ciudad de Tiahuanaco, pero deja claro que la naturaleza de la relación todavía necesita ser descrita.

Esto se puede resumir como sigue:

Huari: Ciudad capital y sitio tipo, así como sus restos materiales.

Wari: Cultura y estilo artístico ampliamente distribuidos.

Tiahuanaco: Ciudad capital y sitio tipo, así como sus restos materiales.

Tiwanaku: Cultura y estilo artístico ampliamente distribuidos.

### **Modelos vs. evidencias: los viejos modelos**

El poder de los conceptos es un tema que se espera abordar con el tema teórico de nuestro simposio «Wari y Tiwanaku: modelos vs. evidencias». Todas las representaciones del pasado son influenciadas significativamente por modelos y conceptos, sean teóricos, políticos, terminológicos, cronológicos, históricos o nacionalistas. Un objetivo importante de este simposio fue presentar nuevos datos, así como nuevos modelos y, a la luz de los nuevos datos, evaluar los antiguos y los más recientes. Se espera determinar qué aspectos de nuestras ideas acerca de Huari y Tiahuanaco y su difusión se basan en restos arqueológicos convincentes y qué partes se basan en expectativas y convicciones fomentadas por los modelos que dominan nuestro pensamiento.

Un punto histórico importante mostrará cómo un modelo o preconcepción ha influenciado profundamente las ideas acerca del pasado andino. Huari y Tiahuanaco fueron descritos por Cieza de León (1962 [1553]) casi al mismo tiempo —hacia mediados del siglo XVI. Subsecuentemente, Tiahuanaco atrajo muchos visitantes y provocó discusiones acaloradas acerca de los orígenes incas y supuestas civilizaciones perdidas. Huari, por el contrario, desapareció de la visibilidad internacional hasta mediados del siglo XX. Aunque Reiss y Stübel (1880-1887) encontraron artefactos wari en las primeras excavaciones arqueológicas andinas, las que fueron hechas en Ancón, ellos no sabían nada acerca de los estilos wari y fueron incapaces de identificar estos textiles y vasijas de cerámica. Tampoco nadie sabía de Huari o había excavado en ese sitio.

Por el contrario, el arte tiahuanaco fue el primer estilo en ser definido en los Andes y reconocido como preinca (Stübel y Uhle 1892). De este modo, cuando Max Uhle (1903a) excavó en Pachacamac y descubre más objetos en el estilo artístico Wari, él los asocia con el único centro conocido de similar arte, Tiahuanaco. De hecho, Uhle (1903b) propuso un horizonte preinca y panandino de arte y artefactos tiwanaku, el cual se volvió la columna vertebral cronológica para la arqueología andina.

Antes de la aparición de la técnica de fechado por radiocarbono, el único modo por el que el arte y los artefactos andinos pudieran ser colocados en una cronología extensa fue «o más temprano o más tardío que el estilo del horizonte Tiwanaku». Allí donde existía estratigrafía se podía definir a veces una asignación pre o postitiwanaku basada en la posición excavada, pero para otras artes y artefactos se tenían que hacer comparaciones estilísticas. De este modo, uno por uno, cada gran monumento y estilo artístico famoso era comparado con el arte de Tiahuanaco, particularmente con su escultura en piedra. Los investigadores han hecho su mejor esfuerzo en detectar la influencia tiwanaku en esos otros estilos; para otros, la clasificación cronológica fue poco más que un supuesto.

En su influyente libro *Ancient Civilizations of the Andes*, Philip Means colocó muchos objetos en tiempos pre o postitiwanaku empleando argumentos como «...the personality of the central figure, and the rendering of eyes, noses, tails, mouths and other parts of the various personages in the designs all refer back to Tiahuanaco...» (Means 1931: 143).<sup>1</sup>

Como resultado de este temprano uso histórico del arte tiahuanaco como un parámetro estándar para la determinación de cronología, la influencia de Tiwanaku fue reconocida casi por todas partes. De hecho, el arte que Means describía era la escultura de Chavín de Huántar. Hoy en día se sabe que la «Deidad de los Báculos» de la «Estela Raimondi» de Chavín precede a su contraparte tiahuanaco en al menos un milenio. Claramente, la antigüedad de Tiahuanaco y la difusión de su arte fueron sobrestimadas en la parte temprana del siglo XX. Gradualmente, los arqueólogos han empezado a corregir estos viejos errores, pero nuestra disciplina fue construida en torno a ellos, de modo que hoy en día están profundamente enraizados.

Mientras que Tiahuanaco fue extremadamente prominente en la arqueología andina desde sus comienzos, Huari permaneció virtualmente desconocida hasta mediados del siglo XX. Tello (1970 [1931]) excavó en el sitio de Huari en la década de los treinta, pero su investigación permaneció esencialmente inédita. Cuando regresó para excavar en Conchopata, la ciudad vecina a Huari, planteó que la cerámica de Huari fue anterior con respecto a importantes estilos costeros (Tello 1943b). Tello usaba nombres idiosincráticos para los estilos culturales prehistóricos, de modo que su legado es difícil de evaluar, pero no hay duda de que Larco (1948) reconoció a Huari como un centro de influencia clave pocos años después. En su nueva cronología para la costa norte peruana, creó una fase denominada «Huari norteño», que ponía fin a la espectacular cultura Moche. Larco sostenía que tal cambio radical en el estilo de cerámica sólo podía resultar de la conquista de los reinos moche por gente serrana proveniente de Huari.

Finalmente, Huari fue identificada. En los siguientes años fue visitada y descrita por muchos arqueólogos extranjeros (Schaedel 1948a; Rowe, Collier y Willey 1950), y un proyecto de excavaciones llevado a cabo por Wendell Bennett (1953) confirmó la idea de Larco de que Huari, y no Tiahuanaco, fue el centro desde el cual se difundieron los estilos tiwanakoides peruanos.

Como un centro y un estilo definidos tardíamente en la historia de la arqueología andina, Huari y Wari comenzaron a ser subvalorados en comparación con Tiahuanaco y Tiwanaku. Algo de la discrepancia fue corregida por Rowe (1956, 1963), Lumbreras (1959b, 1960c, 1974c), Menzel (1964, 1968, 1977), Isbell (1971, 1977, 1985, 1991, 1997; Isbell y Schreiber 1978; Isbell y McEwan 1991), y otros, pero queda mucho por hacer, tal como lo muestra la discusión de Knobloch (número anterior) acerca de la cronología cerámica del Horizonte Medio.

La relativa invisibilidad de Huari durante el siglo XIX y la parte temprana del siglo XX tuvo como consecuencia que no figurara en la construcción poscolonial de una etnogénesis y la definición de una nación; en algunos aspectos, esto es una ventaja en el esfuerzo por lograr una perspectiva objetiva del pasado. Por el contrario, la visibilidad y fama de Tiahuanaco lo han hecho tremendamente atractivo como un símbolo para pasados politizados. Tiahuanaco ha sido reclamado por los habitantes aimara del altiplano como su tierra ancestral, sea esto realista o no (Cerrón-Palomino, número anterior). También ha sido promocionado como símbolo de la unidad nacional boliviana por el arqueólogo-político Ponce Sanginés (1964, 1970a, 1972, 1978, 1980). No fue accidental que las cabezas clavadas del Templete Semisubterráneo de Tiahuanaco fueran interpretadas como representaciones de los diferentes grupos étnicos de la moderna Bolivia, pero esta promoción de Tiahuanaco como símbolo de una nacionalidad boliviana ha tenido implicancias desafortunadas para la comprensión arqueológica del pasado andino anterior a la Conquista. Como símbolo político boliviano, Tiahuanaco ha tenido que ser exclusivamente boliviano en su origen, libre de influencias del Perú, Chile u otros centros culturales ubicados más allá de los límites políticos modernos. Así, Ponce Sanginés afirmaba que Pucara, en el moderno Perú, fue estimulada por una difusión a partir de Tiahuanaco y no al revés, tal como parece ser a la luz de la información actualmente disponible. De hecho, Ponce Sanginés fechaba consistentemente a Tiahuanaco tan temprano como era posible, por lo que tendía a perpetuar su imagen —de la parte tardía del siglo XIX y temprana del XX— como un precoz centro preinca de toda la difusión cultural andina.

## Cronologías: sus puntos fuertes y sus puntos débiles

Tanto en los Andes como en otras áreas del mundo, las culturas del pasado se inferían a partir de las similitudes y diferencias en los restos culturales materiales. Debido a que la cerámica tiene buena conservación y que su manufactura radica en el aprendizaje de reglas acerca de forma, pasta, acabado de superficie, decoración y tecnología de cocción, los estilos de cerámica han sido usualmente enfatizados cuando se ha tratado de agrupaciones culturales de restos materiales. Un estilo de cerámica común implica normas compartidas para la fabricación y uso de cerámica. Obviamente, las formas de las vasijas están asociadas de manera estrecha con las costumbres alimenticias de una población y todo lo que su alimentación implica. Esto hace de la cerámica un ámbito material cultural de carácter excepcional para definir los grupos prehistóricos culturales, mediante la determinación de qué restos pertenecen a la misma cultura y en la definición de la ubicación espacial y cronológica de una cultura con respecto a otras.

El estudio de los patrones de asentamiento hace uso de los restos dispersos de la cerámica en las superficies de un terreno razonablemente estable para inferir el número, ubicación y tamaño de las comunidades prehistóricas. Obviamente, estos métodos arqueológicos son dependientes de la definición previa de los estilos de cerámica y variantes utilizadas por una cultura particular a lo largo de un periodo limitado de tiempo. Sin precisar una definición de los estilos o tipos de cerámica y sin tener en cuenta una cuidadosa determinación de sus relaciones cronológicas, los arqueólogos no podrían realmente formular ideas acerca del pasado basándose en los restos materiales.

La cronología de Wari ha sido sólida desde sus inicios. Huari permaneció desconocida más o menos hasta el desarrollo del fechado radiocarbónico. No hubieron prejuicios nacionalistas unidos a él y los rigurosos estudios de cerámica llevados a cabo por Menzel (1964, 1968, 1977) y Knobloch (1991; número anterior) definieron un gran número de estilos regionales organizados al interior de relaciones cronológicas sobre la base de seriación de semejanzas.

Los estudios sobre Huari han tenido otras ventajas. Todos los estilos wari están dentro del Perú, donde se utiliza un único sistema cronológico. Esta estructura cronológica, propuesta por Rowe (1962), consiste de periodos de tiempo más que agrupamientos culturales inferidos o etapas de evolución, y puede ser aplicado virtualmente en todas partes. Como consecuencia, las comparaciones y correlaciones arqueológicas pueden ser hechas a través de distancias significativas con sólo modestos errores de tiempo. La parte relevante de la cronología wari se presenta en la Fig. 1.

Obviamente, existen algunos problemas con la cronología wari. La mayor parte de la información estilística en la que se basaba la seriación cerámica provenía de sitios de la costa, mientras que Huari aún es pobremente conocida y fechada de manera inadecuada. Las recientes excavaciones en Conchopata (Isbell 2001; Isbell y Cook 2002), sitio ubicado en el área nuclear Huari, han provisto de un número de nuevos fechados radiocarbónicos cuyo rango está entre 400 d.C. para Huarpa Tardío y 970 d.C. para el final de la ocupación wari. Estas fechas confirman mucho de lo que se había creído acerca del fechado del Horizonte Medio, y también provocan cuestionamientos acerca de la definición del Horizonte Medio 3 y 4, cuando la innovación en estilos de cerámica parece interrumpirse. Sin embargo, a pesar de estos aspectos, virtualmente todos los investigadores de Wari emplean el mismo esquema cronológico, así como los mismos estilos cerámicos y descripciones técnicas.

Éste no es el caso para Tiwanaku. Los estilos tiwanaku se distribuyen a lo largo de tres naciones actuales y cada una emplea diferentes esquemas de fechado. Rivera (2002) propone una cronología universal para el norte de Chile, pero cada uno de los valles y oasis chilenos utiliza sus propios nombres y fases culturales (Uribe y Agüero, este número). Aun en el área tiwanaku del Perú,

PERIODO TEMPORAL	ESTILOS	FECHA
Periodo Intermedio Tardío		1000 d.C.
Epoca 4		
Epoca 3		
Epoca 2B	Viñaque B, Atarco B, Pachacamac B	
Epoca 2A	Viñaque A, Atarco A, Pachacamac A	
Epoca 1B	Chakipampa B, Ocros B, Nievería, Robles Moqo, Negro decorado	
Epoca 1A	Conchopata, Chakipampa A, Ocros A	
Horizonte Medio	Nazca 8/9	550 d.C.
Periodo Intermedio Temprano 8	Huarpa Cruz Pata, Nasca 8	
Periodo Intermedio Temprano 7	Huarpa Tricolor, Nazca 7	
Periodo Intermedio Temprano 6	Huarpa Negro sobre blanco y Huarpa tricolor, Nazca 6	
Periodo Intermedio Temprano 5	Huarpa N/B, Nazca 5	
Periodo Intermedio Temprano 4		
Periodo Intermedio Temprano 3		
Periodo Intermedio Temprano 2		
Periodo Intermedio Temprano 1		200 a.C.

Fig. 1. Esquema de la cronología de cerámica en el Periodo Intermedio Temprano y el Horizonte Medio en los Andes Centrales.

donde podría ser más factible el poder establecer correlaciones más exactas entre Tiwanaku y Wari, se han adoptado cronologías idiosincráticas para acelerar los trabajos arqueológicos de reconocimiento (Stanish, este número).

Bolivia no tiene un único esquema cronológico. La cronología de Cochabamba y de los valles orientales fue formulada por Ibarra Grasso (1965; Ibarra Grasso y Querejazu 1986). El reconoció la «Cultura de los Túmulos» desde aproximadamente 1500 a 600 a.C., seguida por las culturas de cerámica incisa hasta cerca de 0. Subsecuentemente, de 0 a cerca de 700 d.C., las primeras culturas de cerámica pintada ocuparon los valles orientales, incluyendo Sauces, Tupuraya, Mojocoya y Omereque. De este modo, el Tiahuanaco expansivo alcanzó el oriente y duró hasta cerca de 1100 d.C.

Brockington, Pereira, Sanzetenea y Muñoz (1994) simplifican el esquema temporal de Cochabamba elaborado por Ibarra Grasso. Ellos comienzan con un Formativo o fase Chullpa Pata, (desde cerca de 1100 a.C. a 600 d.C.), incluyendo Tupuraya, Mojocoya y Omereque Temprano (Formativo Tardío, desde aproximadamente 200-600 d.C.). El siguiente periodo es Tiwanaku y Omereque Tardío (desde alrededor de 600 a 1000 d.C.). Sin embargo, Tiwanaku se trunca en algunos lugares por la formación de las Culturas Regionales (desde 800 a 1400 d.C.).

En el área nuclear tiwanaku la primera secuencia temporal fue formulada por Bennett (1934), pero posteriormente fue revisada por Ponce Sanginés (1981; Ponce Sanginés y Mogrovejo 1970). Ponce Sanginés dividió el desarrollo cultural de Tiahuanaco en cinco fases, de Tiwanaku I a Tiwanaku V. Tiwanaku I fue ubicada cronológicamente por medio de fechados radiocarbónicos entre 1580 a.C. y 297 d.C.; Tiwanaku II fue asignada entre 469 a.C. y 350 d.C.; Tiwanaku III fue fechada entre 133 y 374 d.C., Tiwanaku IV abarca desde 375 a 725 d.C., y Tiwanaku V duró hasta 1170 d.C. Por muchos años, y para la mayoría de las interpretaciones, ésta ha sido la cronología básica Tiwanaku. Se supone que Tiwanaku III fue el periodo que atestiguó los procesos de formación del estado y el desarrollo de una protociudad con edificios monumentales. Para Ponce Sanginés, se caracterizó por construcciones y esculturas que usaban piedra arenisca de color rojo, e incluían al menos las fases tempranas de la mayoría de los grandes monumentos. Tiwanaku IV fue completamente urbano, con una administración burocrática estatal de poblaciones que abarcaba la mayor parte de la cuenca del lago Titicaca. Durante este tiempo la arquitectura y escultura monumentales emplearon andesita gris importada de la península de Copacabana, y alcanzaron el apogeo artístico demostrado por esculturas como la «Puerta del Sol» (Cf. Protzen y Nair, este número) y el «Monolito Ponce» (Makowski, este número; Cf. Vranich, este número, para una crítica de esta cronología arquitectónica). Tiwanaku V fue una fase de expansionismo imperial caracterizada por guerras, así como una decadencia en las artes. Durante esta fase la ciudad conquistó muchos nuevos territorios y colonizó otros, incluyendo el área huari en el Perú. De este modo, la cronología cultural de Ponce Sanginés reconoció un desarrollo gradual e ininterrumpido en Tiahuanaco a lo largo de 2000 años.

Sin embargo, este sistema ha sido modificado por casi todos, inclusive por el mismo Ponce Sanginés. En 1980 publicó *Panorama de la arqueología boliviana*, empleando los términos de Etapa Aldeana Tiwanaku (1580 a.C.-43 d.C.), una Etapa Urbana Tiwanaku (133-724 d.C.) y una Etapa Imperial Tiwanaku (724-1170 d.C.), así como una competitiva cultura temprana, denominada Chiripa (1380 a.C.-22 d.C.).

En 1990, Albarracín-Jordán y Mathews (1990) presentaron una investigación en base al reconocimiento de sitios en el valle de Tiwanaku, usando una cronología ligeramente diferente. Ellos reconocieron un Periodo Formativo (1500 a.C.-100 d.C.), seguido por Tiwanaku III (100-375 d.C.), Tiwanaku IV (375-750 d.C.) y Tiwanaku V (750-1100 d.C.). Sin embargo, en 1996 Albarracín-Jordán publicó los mismos datos con nuevas interpretaciones y una cronología diferente. El Periodo Formativo está aún entre 1500 a.C. y 100 d.C., pero le sigue una fase transicional desde el Formativo a

Tiwanaku en vez de Tiwanaku III, que permanece esencialmente sin fechado. Luego viene Tiwanaku Clásico Hegemónico o Estado Segmentario, fechado de 400 a 1000 d.C. A esta fase le sigue Tiwanaku Post Clásico Hegemónico, de 1000-1100 d.C.

John Janusek (1994) emplea inclusive otra cronología, con un Periodo Formativo Temprano o Tiwanaku I y estilos locales, seguido por Qeya o Tiwanaku III, que dura hasta aproximadamente 400 d.C. Luego está Tiwanaku IV, dividido entre Temprano (400-600 d.C.) y Tardío (600-800 d.C.). A éstos le sigue Tiwanaku V, también dividido entre Temprano (800-1000 d.C.) y Tardío (1000-1100 d.C.). Esto es similar a la cronología de Blom (1999), con la excepción de que ella no inicia Tiwanaku IV Temprano sino hasta 500 d.C. Finalmente, se tiene la cronología de Bandy (este número), la cual subdivide el Formativo, pero coincide con Blom en retardar el inicio de Tiwanaku IV hasta 500 d.C.

¿Qué pueden hacer los arqueólogos con esta plétora de cronologías en la esfera tiwanaku, cada una ligeramente diferente de la otra? ¿Cómo se puede determinar la datación de eventos clave y cambios culturales críticos? Más aun, la cultura Tiwanaku y su cronología no fueron formuladas de la misma manera que fueron construidas Wari y la mayoría de culturas arqueológicas. De manera ideal, un conjunto de restos materiales —por lo general cerámica, pero también potencialmente otros tipos de artefactos— es definido como homogéneo y comparte un único grupo de normas en su producción y uso; luego se infiere que este conjunto representa a una cultura, o los productos de un grupo cultural en el pasado. En el caso de Wari, se le definió como derivada de su antecedente, la cerámica huarpa, a la cual le siguen los estilos de cerámica Chakipampa, Ocros, Conchopata, Robles Moqo, Viñaque, etc. Sin embargo, Tiahuanaco fue reconocido como un centro importante por su distintiva escultura en piedra y edificios monumentales. Cuando Bennett (1934) dirigió las primeras excavaciones estratigráficas en Tiahuanaco en 1932, sólo añadió cerámica a una cultura Tiwanaku ya definida. Nunca determinó los estilos compartidos, sino que simplemente dividió lo que encontró en tres fases: Tiahuanaco Temprano, Tiahuanaco Clásico y Tiahuanaco Decadente. Para cada fase cerámica resumió un conjunto de atributos. Algunos de ellos eran cualitativos, tales como la forma de las vasijas, mientras otros eran cuantitativos, tales como frecuencias relativas de pasta y colores de la superficie; sin embargo, lo más importante es que Bennett nunca definió los tipos compartidos que cambiaron de una fase a la siguiente. Hasta el presente, esta aproximación «inversa» a la cerámica y la cultura caracteriza a la arqueología sobre Tiwanaku. La cultura Tiwanaku, y sus fases al interior, no se infieren de un grupo de tipos de material cultural distintivo. Más aun, se infiere una cultura Tiwanaku con fases, y a cada fase se le asigna un poco definido conjunto de atributos y rasgos de cerámica, muchos de los cuales ocurren en otras fases, e incluso otras culturas. ¡Todo esto es realmente una pesadilla metodológica!

Sólo de manera reciente los analistas que han trabajado con la cerámica tiwanaku han empezado a definir los estilos de cerámica que pueden ser estudiados sistemáticamente para determinar su asociación con otros tipos o estilos, su distribución espacial y su duración temporal tal como lo indican la estratigrafía y los fechados absolutos (Burkholder, este número; Cf. Alconini 1995; Isbell y Burkholder 2002a, 2002b). Se espera que, en el futuro, tales estudios puedan formar las bases de una arqueología más precisa de Tiwanaku, empleando estilos cerámicos tan precisos como aquéllos de la esfera wari.

Con tempranas tendencias acerca de la excesiva antigüedad de Tiwanaku, con muchas y diferentes cronologías en uso y con estilos o tipos cerámicos no bien definidos de uso común es imposible construir una figura exacta de las manifestaciones espaciales y los cambios temporales de Tiahuanaco. Obviamente, la arqueología prehistórica es rara vez muy precisa, pero es claro que en el Perú los estilos Chakipampa y Ocros de Wari, del Horizonte Medio 1B, estuvieron en uso aproximadamente hacia 650 d.C. La ciudad de Huari ya tenía una extensa área residencial y hacia 700 d.C. en Sondondo, Cuzco, Moquegua, el Callejón de Huaylas y Huamachuco existían asentamientos provinciales. ¿Se puede hacer una afirmación comparable para Tiwanaku y sus estilos?, ¿fueron el comien-

zo del urbanismo y el gobierno estatal contemporáneos con la aparición de formas cerámicas tales como el kero y el tazón?, ¿fue esto tan temprano como 375 d.C. o 400 d.C., como lo señalan algunas cronologías?, ¿o estos cambios sólo aparecen cerca de 500 d.C. -o 600 d.C.- tal como lo indican otras cronologías?, ¿cuándo alcanzó la influencia tiwanaku San Pedro de Atacama o la región de Cochabamba?, ¿son las esculturas en andesita de Tiahuanaco lo suficientemente tempranas como para haber servido de antecedentes del arte Wari?, ¿o está Haeberli (este número) en lo correcto en su afirmación de que las figuras de deidades frontales en los estilos Tiwanaku y Wari se derivan de una tradición más temprana relacionada con Pucara, cuyos textiles han sido encontrados en el valle de Sihuas? Los nuevos datos de Conchopata (Isbell, este número) pueden apoyar esta última alternativa. Significativamente, la tendencia más aparente en la cronología tiahuanaco coloca el inicio de esta gran cultura en una posición cada vez más tardía.

### Conceptos de evolución cultural

Algunos de los modelos que han desbaratado comprensiones más objetivas del pasado de Tiwanaku y Wari son evolucionistas en su origen. Vranich (este número; Isbell y Vranich e.p) ha señalado que gran parte de esta interpretación y reconstrucción de Tiahuanaco fue hecha con el fin de representar a este gran centro de la América nativa de una manera comparable y, de modo esencial, semejante a las ciudades preindustriales del Viejo Mundo. Uno de los resultados desafortunados fue la eliminación de la mayor parte de restos arquitectónicos que consistían en construcciones modestas o la reutilización en construcciones humildes de piedras componentes de edificios megalíticos. Si uno visita Tiahuanaco hoy en día, hay restos de una escalera en el lado oriental del Kalasasaya, cerca de 20 metros al sur de la gran entrada monumental, pero el muro del Kalasasaya detrás de él se ha reconstruido de acuerdo a su altura original, de modo que la escalera termina en el aire. El observador inquisitivo tendrá razón en estar perplejo ante este, al parecer, nada funcional elemento arquitectónico. Cuando el autor visitó Tiahuanaco por primera vez en 1964, las excavaciones de Ponce Sanginés en la década de los cincuenta estaban expuestas y las reconstrucciones no habían empezado aún. La superficie original alrededor del Kalasasaya y los testigos de excavación incluían muchos muros modestos y algunos con bloques megalíticos reutilizados, pero éstos fueron posteriormente utilizados en la reconstrucción. Los muros modestos fueron juzgados como «tardíos», o postiahuanaco, y eliminados. Hoy en día sólo la escalera y otras pequeñas construcciones interrumpen el reconstruido Kalasasaya, representado como un edificio completo y en pleno funcionamiento que debe haber recreado los planos de una arquitectura maestra, como en las ciudades occidentales.

La Pirámide de Pumapunku de Tiwanaku también fue excavada, de modo que las construcciones «postiahuanaco» fueron eliminadas con el fin de representar el monumento de una manera acorde con las expectativas occidentales del urbanismo. Sin embargo, la eliminación de los muros modestos fue menos completa que en el Kalasasaya. Actualmente, a lo largo del lado norte de Pumapunku, hay un número de toscos recintos de piedra y aun partes de la fachada monumental fueron completadas con muros hechos de piedras de campo y piedras canteadas.

Aquí se deben hacer ciertas preguntas difíciles. ¿Cómo se pudo llevar a cabo esta limpieza y reconstrucción selectiva de los principales monumentos de Tiahuanaco, alterando esta ciudad andina?, ¿cuánto ha contribuido la representación reconstruida a las ideas actuales acerca de la ciudad como planificada por funcionarios estatales, tal como en las ciudades occidentales? Más aun, ¿cuánto ha contribuido la imagen de una ciudad planificada, con todos sus edificios funcionando al mismo tiempo en un momento de apogeo, con la imagen de un colapso tiahuanaco rápido y devastador?

El tamaño del asentamiento y la población de Tiahuanaco es otro tema muy influido por preconcepciones euroamericanas acerca de los procesos de evolución y adaptación. Inicialmente,

los visitantes extranjeros de Tiahuanaco lo imaginaban ubicado en una zona demasiado alta, fría e inhóspita como para haber soportado el desarrollo de una gran civilización. Una solución fue la de Posnansky (1910, 1911a, 1911b, 1911c, 1945), quien afirmó que Tiahuanaco era tan antiguo que las montañas de los Andes no habían alcanzado sus actuales elevaciones cuando estaba ocupado. De este modo, cuando Tiahuanaco fue construido el sitio estaba en las orillas del lago Titicaca, ubicado sólo en una modesta elevación. El legado de esta explicación es la creencia de que un canal o foso rodea Tiahuanaco, un tema que se discute más adelante.

Entre las explicaciones erróneas acerca de Tiahuanaco estaba la de «centro ceremonial vacío», un arquetipo de la arqueología temprana en las Américas, en el cual selvas humeantes y cordilleras heladas eran consideradas inadecuadas para la vida civilizada. Squier (1877) claramente interpretó a Tiahuanaco como un centro cívico vacío, y lo mismo hizo Bennett (1934). Es sorprendente en el caso de Bennett, quien excavó 10 pozos, distribuidos sobre un área significativa, y encontró por todas partes basurales a gran profundidad. ¿Cómo pudo no entender que esto implicaba una significativa población residente, aunque carecía de recintos residenciales amurallados conservados, tal como en los sitios costeros del Perú? No fue sino hasta la visita a Tiahuanaco de Parsons (1968), un arqueólogo con experiencia en estudio de patrones de asentamiento en el valle de México, que la impresionante densidad de cerámica fragmentada que cubría la superficie fuera formalmente reconocida como la evidencia de un gran número de habitantes.

Ponce Sanginés (1969: 98) se dio cuenta rápidamente de las implicancias de las observaciones de Parsons. Este último determinó que la fotos aéreas, así como los rastros de basura en la superficie, indicaban un área de ocupación de cerca de 2,8 kilómetros de largo por 1,6 kilómetros de ancho, totalizando aproximadamente 420 hectáreas. Éste fue un importante paso adelante, pero Ponce Sanginés (1980: 39) y otros arqueólogos excedieron los límites de la información preliminar de cerámica de superficie declarando una densidad residencial de 238 personas por hectárea, con una población total para Tiahuanaco de 100.000 —aún más numeroso que cualquier ciudad europea, con la excepción de París, hacia 1100 d.C. Habiendo empezado con un estimado de población tan alto, nadie se animó a llevar a cabo el meticuloso programa de una recolección sistemática de superficie y clasificación cronológica, seguido por la construcción de una representación realista del crecimiento demográfico de Tiahuanaco. De este modo, aún hoy en día no se ha llevado a cabo ningún estudio sistemático de cerámica de superficie en Tiahuanaco y los estimados demográficos continúan siendo conjeturas.

Desafortunadamente, las investigaciones recientes han continuado la tradición de hacer sorprendentes cálculos demográficos basados en datos insuficientes. A modo de ejemplo, Bandy (este número) afirma que Tiahuanaco creció de 20 a 100 hectáreas (1 km<sup>2</sup>) durante los 200 años del Formativo Tardío (300-500 d.C.). Sostiene que semejante crecimiento demográfico demanda una explicación y dedica el resto de su artículo a este tema, pero ¿su afirmación se basa en restos materiales reales o en un modelo infundado?

Obviamente, es imposible juzgar su afirmación debido a que emplea una cronología única. ¿Qué es el «Formativo Tardío» en Tiahuanaco? Aún cuando se hiciera un estudio temporalmente exhaustivo de la cerámica de superficie de Tiahuanaco, se podría encontrar aun difícil de evaluar la afirmación de Bandy debido a que no nos dice nada acerca de los tipos o estilos de cerámica que pertenecen al Formativo Tardío o cómo éste se relaciona con las cronologías Tiwanaku de otros autores. Sin embargo, trataré de evaluar su afirmación usando los datos disponibles.

El Formativo Tardío de Bandy puede ser más o menos equivalente al Tiwanaku Temprano de Bennett y al Tiwanaku III de Ponce Sanginés. Debido a que se carece de información de recolecciones superficiales de cerámica temporalmente clasificada, utilizaré la información obtenida de

excavaciones. Bennett (1934) encontró evidencias de Tiwanaku Temprano en sólo dos pozos de excavación (V y VIII), ubicados a una distancia aproximada de 450 metros (la escala de Bennett en su mapa publicado, Fig. 1, es incorrecta, de modo que he tenido que usar como escala el ancho de Akapana, de aproximadamente 190 metros). Otro pozo (III), a casi 500 metros al norte de los otros, arrojó algunos materiales que pueden ser atribuidos a Tiahuanaco Temprano. De manera significativa, el único lugar donde Janusek (este número) reporta el hallazgo de algunos fragmentos Tiwanaku III —bajo el Putuni— está contenido por una línea que une los pozos III, V y VIII de Bennett. Éste parece haber sido el núcleo Tiwanaku III de la ciudad. Más aun, el hallazgo más lejano de este núcleo urbano temprano, de lo que Janusek llama cerámica Tiwanaku IV Temprano —el siguiente estilo cronológico—, no está a más de 100 metros al este del Pozo V de Bennett. De este modo, basándonos en estos datos materiales, no hay razón para pensar que durante un tiempo correspondiente más o menos con el Formativo Tardío de Bandy, Tiahuanaco alcanzó un tamaño no más grande que 500 por 500 metros, o aproximadamente 25 hectáreas. De hecho, sobre la base de la presentación de Janusek (este número), no hay razón para pensar que Tiahuanaco alcanzó la marca de 100 hectáreas que Bandy atribuye desde el final del Formativo Tardío hasta alrededor de 700 d.C. Concluyo entonces que la contribución de Bandy (este número) asume un modelo demográfico para el cual no hay soporte real. Los pocos datos asequibles contradicen esta afirmación acerca de la demografía.

Otro legado de un antiguo modelo es la idea de que Tiahuanaco estaba rodeado por un canal lleno de agua o un foso. Posnansky (1910, 1911a, 1911b, 1911c, 1945) desarrolló este argumento de acuerdo con su idea de que Tiahuanaco fue construido en las orillas del lago Titicaca, con botes navegando hacia el corazón de la ciudad. Esto fue repetido con pocas críticas por Bennett (1934) y ampliado por Alan Kolata en forma de una nueva teoría de Tiahuanaco como una isla-santuario sagrada (Kolata y Ponce Sanginés 1992; Kolata 1993).

Hoy en día, Tiahuanaco está construido sobre una antigua elevación, varios metros por encima de la llanura inundable del moderno río Tiwanaku. Desde cierta distancia esta elevación tiene el aspecto de una antigua orilla, aunque no fue una orilla de lago en tiempos pospleistocénicos. El problema con la idea del foso sin el lago adyacente es cómo mantener el agua sin que se desborde por el declive de esa elevación hacia el río Tiwanaku. El surco actual que se identifica como restos del foso llega ciertamente al río, pero no se ha documentado rasgo alguno de una represa que pudiera haber evitado que el agua se desborde por este declive en el pasado, tal como ocurre hoy en día cuando suceden fuertes lluvias. Más aun, para que un foso que rodee Tiwanaku mantenga el agua la mayor parte del año, tuvo que haber estado revestido con una arcilla especial como para prevenir que el agua se filtre hacia la tierra adyacente. Si el agua se hubiese filtrado lentamente desde un foso circundante hacia los terrenos del centro cívico de Tiahuanaco, la humedad hubiera anegado los cimientos y unos espectaculares desagües habrían quedado subyacentes bajo los edificios monumentales (Cf. Ortloff 1996 acerca de las rutas de los canales de irrigación alrededor de Tiahuanaco con el fin de evitar la inundación de las bases de la ciudad). Sin embargo, no se han documentado rasgos de revestimientos especiales para el supuesto foso. Se concluye, entonces, que se carece de evidencia para el foso y que tales afirmaciones de su existencia se basan simplemente en viejos modelos del siglo pasado. Janusek (este número) se da cuenta de que el foso es mejor entendido como un canal de drenaje y pozo de extracción, pero continúa llamándolo foso en la discusión acerca de la morfología de la ciudad. Así, desafortunadamente, un estudio moderno perpetúa un viejo modelo aún cuando se da cuenta de que es erróneo.

El evolucionismo procesualista norteamericano, el paradigma teórico dominante de los arqueólogos de los Estados Unidos desde la parte final de la década de los sesenta, ha jugado también un rol influyente en fomentar la representación de Tiwanaku que se basa más en expectativas que en los restos materiales. La descripción de Tiahuanaco de Kolata (1991, 1993, 1996), como una entidad altamente centralizada y administrada por una eficiente jerarquía de burócratas, expresa

las expectativas de un modelo evolucionista que emplea el estado weberiano como un tipo ideal. Actualmente hay muy poca evidencia directa de burócratas administrativos en el registro arqueológico de Tiahuanaco; sin embargo, los arqueólogos procesualistas continúan infiriendo esta clase de estado debido a su compromiso con un modelo de adaptación cultural, el cual asume que un efectivo estado debe recoger información, regular las relaciones humanas con el medioambiente y suministrar información almacenada a los grupos de elite que toman las decisiones. Cualquier sistema político que no tiene estas características es evolucionariamente inferior al estado. Este supuesto fue claramente expresado por Bermann (1994: 250, énfasis añadido), cuando sostiene que Tiahuanaco no pudo haber sido «...*something less than an imperial state*...».

Kolata, Bermann y otros arqueólogos norteamericanos quieren definir a Tiahuanaco como un estado burocrático, tipo weberiano, que no fue menos que sus contrapartes del Viejo Mundo. Ponce Sanginés quiere presentar a Tiahuanaco como un equivalente de las ciudades del Viejo Mundo. Obviamente, todos ellos sienten que nada debe ser evolucionariamente inferior y que eso podría minimizar los logros de Tiahuanaco. Pero, ¿por qué se debe creer que el estado weberiano es mejor, más avanzado o con mayor capacidad adaptativa que otras formas alternativas de organización estatal?, ¿y por qué es la ciudad del Viejo Mundo el objetivo evolucionista para las ciudades nativas americanas? Las interpretaciones que representan a Tiwanaku como algo distinto a un estado ideal o a una ciudad de estilo europeo no deben ser entendidas como propuestas que la relegan a un status más bien modesto o a la oscuridad evolucionista, sino todo lo contrario. Se debe ser optimista en relación a descubrir caminos alternativos de civilización, definiendo los procesos que se desarrollaron en las Américas.

Me agrada que Charles Stanish (este número), quien anteriormente promovía una visión procesual de la organización estatal tiahuanaco, ofrece ahora una nueva interpretación, más influenciada por los datos. Su investigación arqueológica descarta la administración territorial centralizada del tipo asociado con el estado imperial ideal, de modo que Stanish propone una alternativa que va más allá de sus anteriores expectativas; sin embargo, allí donde la información arqueológica no es concluyente aún, como en Cochabamba y Arequipa, él recurre a sus ideas procesualistas. Es más, se siente forzado a disculparse, recordándonos que Tiahuanaco fue un estado temprano que representa un primer paso en la formación del imperio, por lo que puede justificar que sea algo menos que lo ideal. Pero, ¿por qué el verdadero logro de Tiahuanaco es entendido como algo más pobre o menos adaptativo que el ideal procesual? Esto merece ciertamente ser estudiado con cuidado y no tratado con decepción como un prototipo arcaico que lucha por convertirse en el tipo «progresivo» ideal.

### Los nuevos datos

Los números 4 y 5 del *Boletín de Arqueología PUCP* han brindado en forma conjunta una cantidad espectacular de nueva información, ideas y modelos acerca de Wari, Tiwanaku y sus estilos horizonte. El último conjunto editado de trabajos acerca del Horizonte Medio fue el de Isbell y McEwan titulado *Huari Administrative Structure: Prehistoric Monumental Architecture and State Government*, aparecido en 1991, el cual se basaba en un congreso llevado a cabo en 1985. Más aún, éste sólo examina el caso de Wari. Por otro lado, en los 15 años transcurridos también se ha llevado a cabo una gran cantidad de investigaciones, especialmente en la esfera tiwanaku.

Desafortunadamente, la arqueología en los Andes Centrales del Perú estuvo casi completamente paralizada entre la parte temprana de la década de los ochenta y los finales de la década de los noventa debido a la guerra civil. Como consecuencia, se ha llevado a cabo muy poca investigación nueva en la capital Huari. Ismael Pérez (número anterior) es el único arqueólogo que trabajó en Huari durante la década de los noventa y su apasionante artículo provee de importante información acerca

de la arquitectura monumental, así como algunos estilos cerámicos asociados. Muchos puntos merecen ser enfatizados. En primer lugar, la galería megalítica y los complejos de cámaras que Pérez describe fueron casi con seguridad tumbas. Todas fueron severamente saqueadas y dañadas mucho antes de que fueran investigadas por los arqueólogos (Cf. Benavides 1984, 1991), pero muchas estaban aún asociadas con restos humanos, si bien es cierto fragmentados. Además, en Conchopata, Isbell y Cook excavaron complejos de cámaras similares, pero más modestas, que fueron definitivamente tumbas (Isbell, número anterior). Consecuentemente, parece ser que Huari sí contenía un conjunto de tumbas de magnitud noble y real que fueron desconocidas durante el Horizonte Medio. En segundo lugar, Pérez documenta saqueo de tumbas en la época colonial, así como la extracción de las piedras megalíticas de Huari en la misma época, que fueron retrabajadas para convertirlas en objetos de los pobladores coloniales europeos, transformándolas en piedras de molienda y elementos arquitectónicos. Esto provee de una importante idea: así se explican los sofisticados canales y tubos de piedra encontrados en la superficie de Huari, lo que aparenta haber sido ideado para conducir agua. Éstos son con seguridad coloniales y no huari, y esto también indica que Huari contenía mucho más arquitectura megalítica de lo que se hubiera imaginado, pero sus restos monumentales fueron sistemáticamente removidos y destruidos, al igual que en Tiahuanaco. Pérez reitera un punto manifestado anteriormente por Lumbreras: muchas de las piedras visibles en los muros de la catedral de Ayacucho son identificables como sillares y megalitos de Huari. Posiblemente los arqueólogos han subestimado significativamente la importancia y frecuencia de la arquitectura megalítica en Huari.

Valdez y sus colegas (número anterior) describen un nuevo centro en el valle de Ayacucho con impresionantes restos arquitectónicos megalíticos en el informe preliminar de sus excavaciones en Marayniyoq. Se trata de una ocupación de muchas hectáreas de extensión en la elevación que separa la cuenca de Huamanga de la de Huanta, unos pocos kilómetros al norte de Huari. Desafortunadamente, Valdez cree que todos esos restos representan un breve momento en el Horizonte Medio. Sin embargo, es más probable que el uso de estos espectaculares sillares para moler maíz fue una reutilización tardía de estas piedras trabajadas; parece que muchas de estas piedras fueron extraídas en tiempos coloniales y lo que queda hoy en día son sólo las bases de antiguos edificios. Sitio semejante, espectacular y extenso, fue casi con seguridad un palacio o, quizá, un templo ubicado en la periferia suburbana de Huari.

El más grande programa de investigaciones en el área nuclear huari desde la década de los ochenta se ha llevado a cabo en Conchopata, 10 kilómetros al sur de la gran ciudad. Ahora parece que Conchopata fue la segunda ciudad más grande del Horizonte Medio en el valle de Ayacucho. Las excavaciones han revelado gran parte de las aproximadamente 2 hectáreas del antiguo asentamiento, exponiendo la más grande área excavada para cualquier ciudad del Horizonte Medio en la sierra, y produciendo una cantidad espectacular de cerámica y otros artefactos. Ochatoma y Cabrera (número anterior) discuten las actividades prehistóricas en los edificios residenciales e identifican un templo en forma de «D», que estaba lleno de ofrendas de cerámica. Los materiales obtenidos de Conchopata están en este momento en análisis, de modo que los resultados son todavía preliminares. Sin embargo, se ha aprendido mucho acerca de las ofrendas de cerámica en Conchopata. Las ofrendas han sido fechadas con la técnica del carbono 14; se conocen ahora diferentes tipos de estos contextos y se ha podido asociar un rango mucho más amplio de iconografía con cerámica gigante para ofrenda (Isbell, número anterior). También se puede presentar una figura de Conchopata como una comunidad residencial con sus talleres para producción de cerámica ubicados entre templos, palacios y espacios ceremoniales (Cook y Benco, número anterior). Conchopata era ciertamente «una comunidad de olleros» (Pozzi-Escot 1991; Pozzi-Escot *et al.* 1994), pero al mismo tiempo era más que eso. Conchopata tenía importantes plazas, un conjunto de palacios con complejos residenciales de elite, cámaras funerarias de alto nivel y espectaculares ofrendas de cerámica, sin paralelo en otro centro wari.

Un total de 21 fechados radiocarbónicos de Conchopata confirman importantes ideas acerca del fechado del Horizonte Medio. Así, Leoni (número anterior) muestra que la cerámica de los estilos Chakipampa y Ocros se derivaron del antecedente huarpa hacia 550 d.C. Por otro lado, los fechados indican que la cerámica gigante del tipo que Tello descubrió en contextos de ofrenda duró hasta 800 d.C. o más tarde. Los fechados también muestran que Conchopata no estuvo abandonada sino hasta alrededor de 1000 d.C., cuestionando antiguas inferencias de que Huari y el poder de la sierra central colapsaron hacia fines de la Época 2 del Horizonte Medio, cerca de 850 d.C. Fechados tardíos similares para Wari y el Horizonte Medio se reportan en el trabajo de Malpass en Sonay (este número) y en el de Cerro Baúl a cargo de Williams, Isla y Nash (este número). Lo que es sorprendente es que no han sido identificados nuevos estilos de cerámica únicos para esta fase tardía de la hegemonía huari. ¿Significa esto que lo que anteriormente se había interpretado como el colapso de Huari era realmente un tiempo en el que tuvo lugar poca o ninguna innovación en los estilos cerámicos?

Sólo pocos fragmentos de textiles han sido encontrados en Conchopata —la mayoría conservados debido a que estaban en contacto con tupus de cobre— pero ellos realzan significativamente la comprensión acerca de los textiles de la sierra durante el Horizonte Medio. Parece posible que la elite de Conchopata vistió textiles wari tales como los espectaculares ejemplares de Huaca Malena que Angeles y Pozzi-Escot (número anterior) fechan en las épocas 2 y 3 del Horizonte Medio. En realidad, los textiles wari de Huaca Malena son sorprendentemente finos, de lana y muy decorados. Deben haber sido importados de la sierra y aparecen con un complemento de textiles locales de la costa sur central, de una regular a alta originalidad, mayormente de algodón. Se han recuperado cientos de fragmentos de los finos textiles wari, pero todos de contextos disturbados. De modo optimista podrán ser encontrados entierros intactos para ayudar a explicar por qué los individuos fueron enterrados en este montículo o huaca mucho después de su construcción y por qué tenían acceso a tan espectaculares tejidos wari.

La llegada de los tejidos wari a sitios costeros no se limitó a Huaca Malena. En El Castillo de Huarmey, Prümers (número anterior) encontró textiles de manufactura serrana, pero la mayoría pertenecía a un híbrido local de gran vitalidad, el estilo Moche-Wari. Prümers sugiere que algunos de los muros de El Castillo pudieron haber sido construidos por gente wari, representando una colonia serrana que se mezcló con la población costera local, pero en la región de Lima, Kaulicke (número anterior) documenta aun otros procesos. El ascenso del estilo Maranga, seguido por los estilos cerámicos Nievería y Pachacamac, revela procesos complejos de etnogénesis que parecen haber involucrado a gentes de la sierra occidental, con nuevos rituales que deben haber sido inspirados por la gente serrana wari, aunque la presencia de colonos no está definida aún. En Cajamarquilla (Mogrovejo y Segura, número anterior) y Pachacamac (Franco y Paredes, número anterior) la construcción de templos comenzó de manera tardía en el Periodo Intermedio Temprano y estos centros se convirtieron en focos importantes de las interacciones wari con las nuevas culturas locales, pero los restos diagnósticos wari son escasos, aun en el Templo de Pachacamac, en comparación con los innovadores estilos cerámicos locales de la costa central. Afortunadamente, se vislumbra una mejor comprensión a partir del reanálisis de contextos intactos recuperados en excavaciones efectuadas hace muchos años atrás por Uhle en Pachacamac, y por Uhle y otros en Ancón. Estos bien registrados contextos funerarios permiten a Kaulicke (número anterior) obtener más precisión a partir de la asociación de restos de cementerios intactos, algo que es más típico del norte de Chile (Stovel, este número; Uribe y Agüero, este número).

Para la región moche, Castillo (número anterior) muestra que la cerámica wari alcanzó San José de Moro en considerable abundancia, estimulando un estilo policromo local. Documenta innovaciones en estilos locales que parecen relacionarse a una etnogénesis más que a una colonización o conquista por parte de gente de la sierra. Castillo sostiene que la elite moche colapsó y luego

resurgió sin haber sido nunca incorporada en el imperio Wari. Sin embargo, el registro en San José de Moro se limita a material cerámico y lítico. ¿Podría ser posible la misma figura si los textiles se hubieran conservado?, ¿y podría indicar también el estudio de patrones de asentamiento y arquitectura sólo una modesta presencia wari? Se requiere más trabajo en la costa norte y en la zona adyacente a Cajamarca, donde Watanabe (este número) también describe una gran cantidad de material wari.

Los arqueólogos —en mi opinión— no parecen haber entendido adecuadamente la influencia wari en el norte, incluyendo Moche, Cajamarca y Huamachuco. John y Theresa Topic (número anterior) han construido un argumento fascinante para Huamachuco, basados principalmente en sus restos arquitectónicos monumentales. Sin embargo, hay simplemente demasiada cultura material wari como para desechar de manera absoluta la incorporación imperial, aun cuando las secuencias arqueológicas mejor conocidas no revelan los tipos de cambios culturales que, se espera, acompañen la conquista e incorporación imperial. Posiblemente, así como para Tiwanaku, se debe desarrollar explicaciones que incluyan muchas variedades de relaciones políticas al mismo tiempo, pero personalmente no he quedado convencido con las aseveraciones simplistas de que la expansión imperial inca fuera fundamentalmente diferente de la wari. Muy poco se conoce tanto de los Incas como los Wari en sus numerosos contextos céntricos y provinciales como para elaborar este argumento sobre bases más que impresionistas.

Al parecer, no hay duda de que los Wari incorporaron el área del valle de Sondondo (Schreiber, número anterior) y establecieron un firme control sobre el valle superior de Moquegua (Williams, Isla y Nash, este número). ¿Acaso un imperio Wari también tomó control de la costa sur, tal como sugiere Schreiber? Parece ser que sí, pero si ese fue el caso lo hicieron con una notablemente reducida presencia de arquitectura administrativa en comparación con otras áreas.

¿Qué ocurre en el Cuzco? Por años se ha considerado a Pikillacta como una evidencia del control wari de Cuzco. Hoy en día ha sido descrito otro gran asentamiento principal wari, Huaro, no muy al sur de Pikillacta (Glowacki y McEwan, este número). Huaro apoya la conclusión de que Wari tomó control de Cuzco, pero también muestra que la historia y organización de la expansión de Wari fueron más complejos que lo que anteriormente se creía. De hecho, empieza a vislumbrarse que cada área tiene más o menos una historia wari única y particular, y quizás sus relaciones con la capital Huari se desarrollaron de manera particular de acuerdo a esa historia.

Knobloch (número anterior) demuestra continuidades estilísticas importantes entre Wari y otros estilos cerámicos peruanos, tales como Nasca, lo que puede proveer de una sincronización temporal exacta a través de la esfera wari. Sin embargo, si los elementos estilísticos y de diseño fueron también compartidos a lo largo de la frontera wari-tiwanaku y si la cerámica de Tiwanaku IV y V puede fundirse en un solo grupo temporal, puede ser posible correlacionar los desarrollos temporales tiwanaku y wari. Éste es un objetivo que debe seguirse para complementar y confirmar los datos proporcionados por los fechados radiocarbónicos y otras formas de datación.

Tanto Goldstein y Owen como Owen y Goldstein (este número) muestran para el valle de Moquegua que estilos culturales anteriormente considerados temporales, y relacionados con la secuencia Tiwanaku IV y Tiwanaku V, son al parecer contemporáneos. Burkholder (este número) también critica la separación de Tiwanaku IV y Tiwanaku V en fases cronológicas sobre la base de investigaciones en el área nuclear tiahuanaco. Ella propone nuevos grupos de cerámica para el área nuclear tiahuanaco, los cuales se basan en definiciones estilísticas, siguiendo muchos de los métodos que usaron Menzel y Knobloch para identificar los estilos wari. Adoptando esta nueva aproximación podría mejorar ampliamente la precisión en los estudios de cerámica tiwanaku. Así, la aproximación de Burkholder muestra que, en el área nuclear tiahuanaco, más de la mitad de las formas de vasijas de cerámica características de Tiwanaku IV y V hacen su aparición muy abruptamente entre

600 y 700 d.C. Esta revelación desafía la representación de Ponce Sanginés acerca de Tiahuanaco (1972, 1985), como un desarrollo cultural gradual, continuo e ininterrumpido desde tiempos formativos tempranos. ¿Estuvieron los aspectos más importantes en la historia de Tiahuanaco asociados quizás con cambios culturales y demográficos?, ¿estuvo la aparición de un nuevo complejo cerámico alrededor de 600 d.C. posiblemente correlacionada con la remodelación monumental de la capital, algo que ha sido identificado por Vranich (este número)? Si es así ¿ocurrió esto al mismo tiempo que la iconografía de la «Deidad de los Báculos» comenzó a ser grabada en los monolitos antropomorfos y los portales megalíticos (Makowski, este número; Protzen y Nair, este número)?

Éste es un tema importante por el cual se propone una visión alternativa del pasado de Tiahuanaco. Nazacara, en Bolivia, el sitio investigado por Pärsinnen (este número), podría ayudar a resolver estas preguntas; tiene un componente pretiwanaku, así como un depósito tiwanaku separado por un estrato de ceniza. Significativamente, un estrato de ceniza también separaba las capas pretiwanaku de las tiwanaku en Iwawi y ésta ha sido reconocida como ceniza volcánica (Isbell y Burkholder 2002a, 2002b). Posiblemente un evento volcánico significativo en el altiplano alrededor de 600 d.C., asociado con transiciones críticas en Tiahuanaco, podría representar el nacimiento de una cultura Tiwanaku expansionista.

Pärsinnen sugiere que Nazacara contiene estratos transicionales en los cuales se desarrollaron gradualmente estilos de cerámica diagnósticos tiahuanaco, algo que comenzó hacia 400 d.C. Esto podría apoyar el argumento cronológico de Janusek (este número), colocando los inicios de la cerámica de Tiwanaku IV hacia 400 d.C., pero en Nazacara los datos de estratigrafía y de cerámica no son claros. Es igualmente posible que Pärsinnen excavara un estrato mezclado entre dos ocupaciones, lo que no implica una transición gradual. En cualquier caso, es claro que se requiere más investigación. En Tiahuanaco se debe resolver la cuestión de si la cerámica Tiwanaku IV-V aparece tan temprano como 400 d.C., tal como sugiere Janusek, hacia 500 d.C., como propone Blom (1999), o alrededor de 600 d.C., como Burkholder (este número) y el autor de este artículo proponen. Se debe reevaluar las fases cerámicas Tiwanaku IV y V y desarrollar nuevas descripciones estilísticas para la cerámica tiwanaku, tal como muestran Burkholder (este número) y Knobloch (número anterior). Y, por supuesto, una nueva cronología cerámica tiwanaku podrá permitir un estudio convincente del crecimiento demográfico de Tiahuanaco, aunque también demandará reevaluaciones de los estudios de patrones de asentamiento del altiplano y los planteamientos acerca del colapso de la civilización del lago Titicaca.

Si hacia 600 d.C. ocurrió una fusión de lo que generalmente se identifica como cultura Tiwanaku (Tiwanaku IV y V), esto fue más o menos contemporáneo con la formación de la cultura Wari y con la colonización de Moquegua por ambas capitales (Goldstein y Owen, este número; Owen y Goldstein, este número). Ciertamente, ambas culturas tuvieron antecedentes locales en la cultura Huarpa del Periodo Intermedio Temprano y en el Tiwanaku III del Formativo Tardío. Sin embargo, el más o menos simultáneo ascenso de Tiahuanaco y Huari implica una interpretación significativamente diferente de lo que ha sido popular para el último siglo. Esto podría sugerir la importancia de un tercer proceso —más o menos independiente de los desarrollos evolucionistas tanto en Tiahuanaco como Huari— que influenció ambos centros aproximadamente al mismo tiempo.

¿Qué clase de proceso pudo haber estimulado tanto Tiahuanaco como Huari? Salta a la mente una analogía con la cristiandad en el Mediterráneo o, quizá más generalmente, con el poder y atractivo del renacimiento religioso. De manera significativa, Haerberli (este número) nos presenta un poco conocido estilo textil que puede representar los conceptos ideológicos expresados en la escultura en piedra y decoraciones cerámicas de las culturas tempranas del altiplano, Yaya-Mama y Pucara, e inclusive esboza dos variantes tardías que pueden haber contribuido con las versiones tiahuanaco y huari del «Dios de los Báculos». Este material textil y su cultura material asociada deben ser examinados en mayor profundidad por los arqueólogos antes de que sean destruidos por

los huaqueros. Todo esto ofrece la perspectiva más interesante de lo que pudo haber estimulado tanto a Tiahuanaco como Huari alrededor de 600 d.C.

Las iconografías tiwanaku y wari han comenzado a brindar su potencial de información acerca de la antigua teología andina. Torres (este número) muestra la asociación de la iconografía tiwanakoide con objetos e ideologías shamanísticas en el sur. Makowski (2001, este número) presenta un planteamiento atractivo para la comprensión de la religión tiahuanaco, según el cual ésta subyace aún en la teología incaica, aunque, a título personal, parece más que la posición en la cual fue encontrado el «Monolito Bennett» contradice la afirmación de Makowski (2001) de que el rostro y la espalda de esta figura antropomorfa estaban alineados con el paso Este-Oeste del sol. La posición en la cual Bennett (1934) descubrió la estatua sugiere que la figura miraba al Sur. Sin embargo, hay importantes ámbitos ideológicos de la cultura del Horizonte Medio que están fuera de los debates más populares acerca del urbanismo y el gobierno estatal. Estos temas deben ser explorados en el futuro, siguiendo las direcciones establecidas aquí.

Por muchos años se ha aceptado que Tiwanaku colonizó, integró y administró áreas provinciales lejos de la capital del altiplano. Sin embargo, un nuevo examen de este tema muestra que el único lugar donde Tiwanaku definitivamente estableció colonias y una administración provincial fue en el valle de Moquegua (Goldstein y Owen, este número; Owen y Goldstein, este número). Uribe y Agüero demuestran que Arica probablemente nunca fue colonizada por Tiwanaku, tal como Stovel (este número) lo afirma para San Pedro. Stanish (este número) describe un sistema fascinante del control tiwanaku de rutas estratégicas en la parte norte del altiplano, algo que está muy lejos de ser una colonización y administración política. Una cuestión crítica para la investigación futura es ¿colonizó y administró Tiwanaku otros territorios además de Moquegua?

Si la única región dentro de la esfera tiwanaku que fue colonizada y reorganizada en territorio provincial fue Moquegua, entonces la construcción de un territorio provincial tiwanaku debe ser estudiada en combinación con la expansión territorial de Wari. En realidad, Wari y Tiwanaku fueron contemporáneos en Moquegua.

Stanish (este número) sugiere que, además de Moquegua, Tiahuanaco estableció control provincial en Cochabamba y Arequipa; ¿está en lo correcto? Desafortunadamente, no se incluyen en estos dos números análisis o síntesis del Horizonte Medio en Arequipa y la información disponible es incompleta y confusa. Sólo una discusión acerca de la arqueología de Cochabamba aparece en estos dos números presentados, aunque muchas ponencias acerca del tema se presentaron oralmente durante el simposio. Sin embargo, Higuera (este número) aborda el tema de Tiwanaku en Cochabamba muy directamente. Sobre la base de un estudio de patrones de asentamiento, concluye que había una fuerte influencia cultural tiwanaku, pero no un control político. Llega a tales conclusiones por no encontrar el tipo de reorientación de los asentamientos que debió acompañar la integración imperial, como el tipo que documenta Schreiber en Sondondo con la aparición de Huari (número anterior).

Se requieren más investigaciones arqueológicas y mejores publicaciones de los resultados obtenidos en Cochabamba y Arequipa. Se necesita también mucho más información acerca de las áreas poco conocidas de Bolivia, tales como Sucre, la región de montañas al este del lago Titicaca y La Paz, y el extremo sur de Bolivia, donde en tiempos incas las caravanas de llamas unían el norte de Chile, Tarija y el Noroeste de Argentina. Sin embargo, también se carece, vergonzosamente, de información de las mismas ciudades capitales y sus áreas nucleares inmediatas. Aun en la costa norte peruana, donde se han realizado muchas investigaciones arqueológicas, está mal entendido cuando se ingresa a Wari, Tiwanaku y el Horizonte Medio.

La escasez y la insuficiencia de información arqueológica controlada para interpretar el Horizonte Medio han obligado a muchos investigadores a considerar los objetos saqueados que se

hallan en colecciones privadas. Esto, a su vez, me obliga a abordar el extremadamente problemático tema del saqueo y destrucción de los restos arqueológicos.

### Destruyendo y protegiendo el patrimonio arqueológico

Los lectores deben darse cuenta de que hay muchas contribuciones claves en estos dos números cuyo estudio se basa en materiales arqueológicos excavados ilegalmente por saqueadores. Si no fuera por materiales en colecciones privadas, a Castillo le sería difícil documentar el impacto directo de Wari en el valle de Jequetepeque. De manera semejante, Watanabe depende de colecciones privadas para comprobar la presencia wari en Cajamarca. Y los estilos Siguan 1 y 3, así como los estilos y culturas Pucara provinciales, descritos por Haerberli, podrían permanecer desconocidos si no fuera por el estudio de los restos saqueados. Esto debería servir de advertencia a los arqueólogos andinistas y las autoridades encargadas de la protección del patrimonio: se está perdiendo la guerra contra la destrucción del registro arqueológico a manos de los saqueadores y las empresas constructoras.

Las excavaciones clandestinas en la búsqueda de objetos de colección destruyen los contextos culturales cuidadosamente contruidos por las poblaciones antiguas que se han conservado por siglos en la estratigrafía arqueológica. Las asociaciones entre los restos permite a los arqueólogos preparados «leer el pasado». Sin embargo, los saqueadores violan antiguas viviendas, templos funerarios y depósitos de basura, arrancando de sus contextos relevantes objetos con valor de venta. Los coleccionistas de arte precolombino financian a estos saqueadores y ellos son tan responsables de la destrucción como si hubieran manejado las palas por sí mismos. Ciertamente no son unos mecenas de las artes, sino patrocinadores de la destrucción. Sin embargo, los saqueadores al menos preservan los objetos arqueológicos valiosos: la construcción y otros programas de desarrollo sí se han dedicado a erradicar los restos arqueológicos de manera total.

Allí donde no se puede o no se va a tomar medidas efectivas para prevenir el saqueo, los arqueólogos no tienen otra elección que estudiar los artefactos saqueados para aprender tanto como sea posible de ellos. Ahora, ¿es la reconstrucción de un pasado parcial sobre las colecciones de artefactos saqueados una violación de la ética arqueológica moderna? ¿Están los arqueólogos fomentando el saqueo, aunque sea pasivamente, con el estudio de estas colecciones? Después de tomar en consideración este tema y la declaraciones de ética de nuestra institución profesional, la Sociedad para la Arqueología Americana (*Society for American Archaeology*, SAA), se concluye que la respuesta es «No». Una sección relevante del código de ética de esta asociación profesional señala lo siguiente:<sup>3</sup>

*«Principle N.º 3: Commercialization*

*The Society for American Archaeology has long recognized that the buying and selling of objects out of archaeological context is contributing to the destruction of the archaeological record on the American continents and around the world. The commercialization of archaeological objects—their use as commodities to be exploited for personal enjoyment or profit—results in the destruction of archaeological sites and of contextual information that is essential to understanding the archaeological record. Archaeologists should therefore carefully weigh the benefits to scholarship of a project against the costs of potentially enhancing the commercial value of archaeological objects. Wherever possible, they should discourage, and should themselves avoid, activities that enhance the commercial value of archaeological objects, especially objects that are not curated in public institutions, or readily available for scientific study, public interpretation, and display».*<sup>4</sup>

Obviamente, los arqueólogos fomentan la efectiva protección del legado y desean ponerle fin a las ventas de antigüedades arqueológicas. Castillo, Watanabe y Haerberli apoyan estos objeti-

vos tanto como el resto de nosotros, pero estos objetivos no pueden ser alcanzados por los arqueólogos mientras se ignoren los materiales saqueados— pretendiendo que ellos no existen. La protección del legado arqueológico requiere de una responsable abstención de coleccionismo por parte de los adinerados, y esto requiere de una acción global por las autoridades legales nacionales, cooperando además a través de los acuerdos internacionales. La documentación arqueológica de los objetos saqueados de Jequetepeque, Cajamarca o del valle de Siguan, presentados aquí, no elevará los precios de estos objetos o crearán una demanda por ellos, pero es cierto que la ignorancia arqueológica de estos restos culturales podría ocasionar una gran pérdida a la profesión arqueológica.

Los coleccionistas deben ser aleccionados acerca de la destrucción que están financiando y de lo absurdo que es no permitir que se registre información crucial debido a que los objetos están en colecciones privadas. En la guerra contra la destrucción del registro arqueológico, los arqueólogos deben servirse de toda la información que incrementa, de manera responsable, nuevos datos al conocimiento.

Esto me lleva a una pregunta importante acerca de las leyes y regulaciones de las naciones andinas modernas. ¿Protegen las leyes los restos arqueológicos de la destrucción y de la pérdida de la información contextual? La respuesta a esta pregunta es «No, al menos no de manera suficiente». Día y noche, los saqueadores están removiendo sistemáticamente las porciones más valiosas de los monumentos prehistóricos en Perú, Bolivia y otras naciones andinas, y el urbanismo es mucho más destructivo. En la década de los setenta se construyó una carretera a través del complejo de Huari, sin que se haga ningún esfuerzo para salvaguardar las áreas afectadas antes de que fueran destruidas. En 1995 se construyó un museo de sitio en el medio de Huari, destruyendo casi una hectárea de restos arqueológicos, también sin ningún esfuerzo de salvataje arqueológico. Tiwanaku ha sido impactado de manera similar por la construcción de carreteras y otras actividades de modernización. Si este daño ocurre con los centros arqueológicos más importantes, en muchos casos por la moderna nación que debería protegerlos, ¿qué esperanza hay para los sitios y restos menores?

El Estado Peruano construyó un aeropuerto en el sitio arqueológico de Conchopata (Cook y Bencko, número anterior; Isbell, número anterior; Ochatoma y Cabrera, número anterior). Subsecuentemente, también se construyeron carreteras y edificios privados. Hoy en día, dueños de propiedades, que de alguna manera se las arreglaron para adquirir la zona arqueológica en la cual Julio C. Tello descubrió objetos espectaculares en la década de los cuarenta, están derribando muros prehistóricos excavados y conservados por equipos de investigación, de modo que puedan tomar posesión del terreno y de las casas ya construidas. Quizá el peligro más grande que enfrenta la arqueología andina hoy en día es la falta de una acción agresiva para proteger o para excavar restos arqueológicos antes de que sean dañados o destruidos por programas de urbanización. Los proyectos de irrigación en el sur del Perú están ocasionando que el nivel del agua de la napa freática aumente a lo largo de miles de kilómetros cuadrados. Los cementerios, que han estado secos por milenios, se volverán húmedos. El registro textil, uno de los tesoros precolombinos más grandes del Perú, simplemente desaparecerá.

¿Se puede prevenir la destrucción? Probablemente no de manera completa, pero la solución no está en el control represivo de los arqueólogos profesionales, los cuales podrían excavar y registrar restos importantes, y luego presentarlos a las autoridades nacionales responsables para su conservación. En demasiados casos, las oficinas encargadas de la protección del patrimonio y los arqueólogos, nacionales e internacionales, son tratados como enemigos en vez de aliados en la guerra contra la destrucción. La situación en la que las leyes y actitudes controlan a los arqueólogos se parece a la arqueología tal como fue conducida en la parte temprana del siglo XX, cuando los excavadores trabajaban para patrones e instituciones cuya única intención era recolectar artefactos.

Hoy en día, ninguna institución internacional que financie el desarrollo de la arqueología profesional está comprometida con ese tipo de recolección y la Sociedad para la Arqueología Americana, a la cual pertenece virtualmente todo investigador que excava en los Andes, tiene un estricto código de ética que está por encima de cualquier coleccionismo y cualquier cosa que lo fomente. Los arqueólogos profesionales propugnan una protección responsable del registro arqueológico y están ansiosos de cooperar con esfuerzos para promover la protección.

A menos que se tomen medidas rápidas y significativas a gran escala en las naciones andinas, la mayor parte del restante registro arqueológico será destruido en las siguientes décadas. Los arqueólogos se dan cuenta de que con el desarrollo de maquinaria pesada, capaz de mover grandes cantidades de tierra, la agricultura, los grandes préstamos para el desarrollo y el crecimiento de la población, se han destruido más sitios arqueológicos desde la Segunda Guerra Mundial que en los siglos posteriores a la invasión española. El ritmo de destrucción sólo está aumentando. Las autoridades del gobierno y los arqueólogos profesionales deben unir sus fuerzas para educar a los potenciales coleccionistas con el fin de promover la protección de los restos arqueológicos y para conducir excavaciones y análisis de alto nivel donde la destrucción no se puede evitar. Si se quiere ganar la guerra contra el saqueo y la destrucción, deben ayudarse unos a otros y trabajar juntos en colaboración estrecha. Cuando todos los esfuerzos de un gobierno en materia de protección arqueológica se emplean en controlar a los arqueólogos profesionales que, se supone, comparten los mismos objetivos, no queda nada para evitar que los huaqueros y los nefastos programas de desarrollo destruyan el patrimonio arqueológico andino.

## Notas

<sup>1</sup> «La personalidad de la figura central y el modo de representación de ojos, narices, colas, bocas y otras partes de los varios personajes en los diseños se refieren a Tiahuanaco...».

<sup>2</sup> «...algo menos que un estado imperial».

<sup>3</sup> Véase también la *webpage*: <http://www.saa.org/publications/saabulletin/14-3/SAA9.html>.

<sup>4</sup> «Principio N°. 3: Comercialización

La Sociedad para la Arqueología Americana ha reconocido desde hace tiempo que la compra y venta de objetos fuera de contexto arqueológico contribuye a la destrucción del registro arqueológico en los continentes americanos y en todo el mundo. La comercialización de objetos arqueológicos —su uso como artículos a ser explotados para satisfacción o provecho personal— resulta en la destrucción de sitios arqueológicos y de la información contextual, lo cual es esencial para comprender el registro arqueológico. Los arqueólogos deben, de este modo, sopesar cuidadosamente los beneficios de patrocinar un proyecto con respecto a los costos que implicaría aumentar potencialmente el valor comercial de los objetos arqueológicos. Allí donde sea posible deben poner freno, y ellos mismos evitar, las actividades que aumenten el valor comercial de los objetos arqueológicos, especialmente de los que no están bajo la protección de instituciones públicas o que no estén fácilmente disponibles para el estudio científico, interpretación pública o para exhibición».

## REFERENCIAS

**Albarracín-Jordán, J. V.**

1996 *Tiwanaku: arqueología regional y dinámica segmentaria*, CID/PLURAL, La Paz.

**Albarracín-Jordán, J. V. y J. E. Mathews**

1990 *Asentamientos prehispánicos del valle de Tiwanaku*, CIMA, La Paz.

**Alconini, S.**

1995 *Rito, símbolo e historia en la Pirámide de Akapana, Tiwanaku: un análisis de cerámica ceremonial prehispánica*, Acción, La Paz.

**Benavides, M.**

1984 *Carácter del Estado Wari*, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho.

1991 Cheqo Wasi, Huari, en: W. H. Isbell y G. E. McEwan (eds.), *Huari Administrative Structure: Prehistoric Monumental Architecture and State Government*, 55-69, Dumbarton Oaks, Washington, D.C.

**Bennett, W. C.**

1934 Excavations at Tiwanaku, *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History* 34 (3), 359-491, New York.

1953 Excavations at Wari, Ayacucho, Peru, *Yale University Publications in Anthropology* 49, New Haven.

**Bermann, M.**

1994 *Lukurmata: Household Archaeology in Prehispanic Bolivia*, Princeton University Press, Princeton.

**Blom, D.**

1999 *Tiwanaku Regional Interaction and Social Identity: A Bioarchaeological Approach*, tesis de doctorado inédita, Department of Anthropology, University of Chicago, Chicago.

**Brockington, D., D. Pereira, R. Sanzeteña y I. Muñoz**

1995 Estudios arqueológicos del Periodo Formativo en el sureste de Concabamba, 1988-89, *Cuadernos de Investigación, Serie Arqueología* 8, Cochabamba

**Cieza de León, P. de**

1962 *Crónica del Perú. Primera parte*, Espasa-Calpe, Madrid.

[1553]

**Conklin, W. J.**

1986 The Mythic Geometry of the Ancient Southern Sierra, en: A. P. Rowe (ed.), *The Junius B. Bird Conference on Andean Textiles*, 123-136, The Textile Museum, Washington, D.C.

**Goldstein, P. S.**

1993b *Tiwanaku Temples and State Expansion: A Tiwanaku Sunken-Court Temple in Moquegua, Peru*, *Latin American Antiquity* 4 (1), 22-47, Washington, D.C.

**Ibarra Grasso, D.**

1965 *Prehistoria de Bolivia*, Los Amigos del Libro, La Paz/Cochabamba.

**Ibarra Grasso, D. y R. Querejazu**

1986 *30.000 años de prehistoria boliviana*, Los Amigos del Libro, La Paz/Cochabamba.

**Isbell, W. H.**

1971 Un pueblo rural ayacuchano durante el imperio Huari, en: *Actas y Memorias del 39no Congreso Internacional de Americanistas* 3, 89-105, Lima.

1977 The Rural Foundation for Urbanism: Economic and Stylistic Interaction between Rural and Urban Communities in Eight-century Peru, *Illinois Studies in Anthropology* 10, University of Illinois Press, Urbana.

1978 El imperio Huari: ¿estado o ciudad?, *Revista del Museo Nacional* 43, 227-241, Lima.

- 1985 El origen del estado en el valle de Ayacucho, *Revista Andina* 3 (1), 57-106, Cuzco.
- 1991 Honcopampa: Monumental Ruins in Peru's North Highlands, *Expedition* 33 (3), 27-36, Philadelphia.
- 1997 Reconstructing Huari: A Cultural Chronology from the Capital City, en: L. Manzanilla (ed.), *Emergence and Change in Early Urban Societies*, 181-227, Plenum Press, New York/London.
- Isbell, W. H. y J. E. Burkholder**  
2001 Iwawi and Tiwanaku, en: W. H. Isbell y H. Silverman (eds.), *Andean Archaeology*, Vol. I, Variations in Sociopolitical Organization, 199-241, Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York/London.
- Isbell, W. H., J. E. Burkholder y J. V. Albarracín-Jordán**  
2001 Iwawi y Tiwanaku, *Gaceta Arqueológica Andina* 26, 139-170, Lima.
- Isbell, W. H. y A. G. Cook**  
2001 A New Perspective on Conchopata and the Andean Middle Horizon, en: W. H. Isbell y H. Silverman (eds.), *Andean Archaeology*, Vol. II, Art, Landscape and Society, 249-305, Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York.
- Isbell, W. H. y G. F. McEwan (eds.)**  
1991 *Huari Administrative Structure: Prehistoric Monumental Architecture and State Government*, Dumbarton Oaks, Washington, D.C.
- Isbell, W. H. y K. J. Schreiber**  
1978 Was Huari a State?, *American Antiquity* 43 (3), 372-389, Washington, D.C.
- Janusek, J. W.**  
1994 State and Local Power in a Prehispanic Andean Polity: Changing Patterns of Urban Residence in Tiwanaku and Lukurmata, Bolivia, tesis de doctorado inédita, Department of Anthropology, University of Chicago, Chicago.
- Knobloch, P. J.**  
1991 Stylistic Date of Ceramics from the Huari Centers, en: W. H. Isbell y G. F. McEwan (eds.), *Huari Administrative Structure: Prehistoric Monumental Architecture and State Government*, 247-258, Dumbarton Oaks, Washington, D.C.
- Kolata, A. L.**  
1991 The Technology and Organization of Agricultural Production in the Tiwanaku State, *Latin American Antiquity* 2 (2), 99-125, Washington, D. C.  
1993 *The Tiwanaku: Portrait of an Andean Civilization*, Blackwell, Cambridge/ Massachusetts/ Oxford.  
1996 *Tiwanaku and its Hinterland: Archaeology and Paleoeology of an Andean Civilization*, Vol. 1, Agroecology, Smithsonian Institution Press, Washington, D.C.
- Kolata, A. L. y C. Ponce Sanginés**  
1991 Tiwanaku: The City at the Center, en: R. F. Townsend (ed.), *The Ancient Americas*, 317-333, The Art Institute of Chicago, Chicago.
- Larco Hoyle, R.**  
1948 *Cronología arqueológica del norte del Perú*, Sociedad Geográfica Americana, Buenos Aires.
- Lumbreras, L. G.**  
1959 Esquema arqueológico de la sierra central del Perú, *Revista del Museo Nacional* 28, 63-116, Lima.  
1960 La cultura de Wari, Ayacucho, *Etnología y Arqueología* 1 (1), 130-227, Lima.  
1974 *Las fundaciones de Huamanga*, Nueva Educación, Lima.  
1985 El imperio Wari, en: Historia del Perú, tomo II, Juan Mejía Baca, Lima.
- Makowski, K.**  
2001 El panteón tiahuanaco y las deidades con báculos, en: K. Makowski (comp.), *Los dioses del antiguo Perú*, tomo II, 67-107, Colección Arte y Tesoros del Perú, Banco de Crédito del Perú, Lima.

**Means, P. A.**

1931 *Ancient Civilizations of the Andes*, Charles Scribner's Sons, New York/London.

**Menzel, D.**

1964 *Style and Time in the Middle Horizon*, *Ñawpa Pacha* 2, 1-106, Berkeley.

1968 *New Data on Middle Horizon Epoch 2A*, *Ñawpa Pacha* 6, 47-114, Berkeley.

1977 *The Archaeology of Ancient Peru and the Work of Max Uhle*, R. H. Lowie Museum of Anthropology, University of California, Berkeley.

**Oakland, A.**

1986 *Tiahuanaco Tapestry Tunics and Mantles from San Pedro de Atacama, Chile*, A. P. Rowe (ed.), *The Junius B. Bird Conference on Andean Textiles*, 101-121, The Textile Museum, Washington, D.C.

**Ortloff, C.**

1996 *Engineering Aspects of Tiwanaku Groundwater Agriculture*, en: A. L. Kolata (ed.), *Tiwanaku and its Hinterland: Archaeology and Paleoecology of an Andean Civilization*, Vol. 1, Agroecology, 153-168, Smithsonian Institution Press, Washington, D.C.

**Parsons, J. R.**

1968 *An Estimate of Size and Population for the Middle Horizon at Tiahuanaco, Bolivia*, *American Antiquity* 33 (2), 243-245, Salt Lake City.

**Ponce Sanginés, C.**

1964 *Descripción sumaria del Templo Semisubterráneo de Tiwanaku*, Academia Nacional de Ciencias de Bolivia, La Paz.

1969 *Tunupa y Ekako: estudio arqueológico acerca de las efigies precolombinas de Dorso Adunco*, Academia Nacional de Ciencias de Bolivia, La Paz.

1970 *El colonialismo científico y la desaparición del patrimonio arqueológico de Bolivia*, Centro de Investigaciones Arqueológicas en Tiwanaku, *Cuadernos de Divulgación* 1, La Paz.

1972 *Tiwanaku: espacio, tiempo y cultura*, Academia Nacional de Ciencias de Bolivia, La Paz.

1978 *Apuntes sobre desarrollo nacional y arqueología*, *Instituto Nacional de Arqueología* 25, La Paz.

1980 *Panorama de la arqueología boliviana*, Juventud, La Paz.

1981 *Tiwanaku: espacio, tiempo y cultura*, Los Amigos del Libro, La Paz/Cochabamba.

**Ponce Sanginés, C. y G. Mogrovejo**

1968 *Acerca de la procedencia del material lítico de los monumentos de Tiwanaku*, Academia Nacional de Ciencias de Bolivia, La Paz.

**Posnansky, A.**

1910 *Guía para el visitante de los monumentos prehistóricos de Tihuanacu e islas del Sol y la Luna (Titicaca y Koaty)*, La Paz.

1911a *El clima del altiplano y la extensión del lago Titicaca con relación a Tihuanacu en épocas prehistóricas*, Ismael Argote, La Paz.

1911b *Razas y monumentos del altiplano andino*, en: *Cuarto Congreso Científico. Trabajos de la tercera sesión: ciencias naturales, antropológicas y etnológicas* 11, 2-142, Santiago de Chile.

1911c *Tihuanacu y la civilización prehistórica en el altiplano andino*, La Verdad, La Paz.

1945 *Tihuanacu: The Cradle of American Man*, Vols. I y II, American Museum of Natural History, New York.

**Reiss, W. y A. Stübel**

1880-1887 *The Necropolis of Ancon in Peru*, [traducido por A. H. Keane], New York.

**Rivera, M.**

2001 *Historias del desierto: arqueología del norte de Chile*, Editorial del Norte, La Serena.

**Oakland, A. y V. Cassman**

1995 Andean Tapestry: Structure informs the Surface, *Art Journal* 54 (2), 33-39, New York.

**Rowe, J. H.**

1956 Archaeological Explorations in Southern Peru, 1954-55, *American Antiquity* 22 (2), 135-151, Salt Lake City.

1962 Stages and Periods in Archaeological Interpretation, *Southwestern Journal of Anthropology* 18 (1), 40-54, Albuquerque.

1963 Urban Settlement in Ancient Peru, *Ñawpa Pacha* 1, 1-28, Berkeley.

**Rowe, J. H., D. Collier y G. R. Willey**

1950 Reconnaissance Notes on the Site of Huari, near Ayacucho Peru, *American Antiquity* 16 (2), 120-137, Salt Lake City.

**Schaedel, R. P.**

1948 Monolithic Sculpture of the Southern Andes, *Archaeology* 1 (2), 66-73, Brattleboro.

**Shimada, I. (ed.)**

1991 Pachacamac. A Reprint of the 1903 Edition by Max Uhle, XII-LXVI, *University Museum Monograph* 62. The University Museum of Archaeology and Anthropology, University of Pennsylvania, Philadelphia.

**Squier, E. G.**

1877 *Peru: Incidents of Travel and Explorations in the Land of the Incas*, Harper and Brothers, New York.

**Stübel, A. y M. Uhle**

1892 *Die Ruinenstätte von Tiahuanaco im Hochlande des alten Peru: Eine kulturgeschichtliche Studie auf grund selbstaendiger Aufnahmen*, Karl W. Hiersemann, Leipzig.

**Tello, J. C.**

1942 Disertación del Dr. Julio C. Tello, *Huamanga* 8 (48), 62-63, Ayacucho.

1970 Las ruinas de Huari, en: R. Ravines (ed.), *100 años de arqueología en el Perú*, 519-525, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

[1931]

**Uhle, M.**

1903a Ancient South American Civilization, *Harpers Monthly Magazine* October, 1903, 780-786, New York.

1903b *Pachacamac: Report of the William Pepper, M. D., LL. D., Peruvian Expedition of 1896*, Department of Archaeology, University of Pennsylvania, Philadelphia.